

1

Poca gente sabe que el nombre «Chicago» no proviene del inglés, sino del algonquino, una de las numerosas lenguas que hablaban los nativos norteamericanos. La palabra significa «olor fuerte», y la razón de esta denominación se debe a que el lugar en el que hoy se levanta la ciudad estaba ocupado antaño por vastos campos que los indígenas dedicaban al cultivo de cebolla. En el penetrante aroma de esta planta reside el origen del mencionado topónimo.

Los nativos norteamericanos habitaron durante muchos años en Chicago, a orillas del lago Michigan, cultivando cebollas y dedicándose a la ganadería. Vivían en paz y armonía con la naturaleza, hasta que en el año 1673 llegó a la zona un explorador y cartógrafo llamado Louis Jolliet, acompañado por un jesuita francés de nombre Jacques Marquette. Ambos descubrieron Chicago, que no tardó en ser ocupada por miles de colonos, atraídos como hormigas a un plato de miel.

Durante los cien años siguientes, los conquistadores europeos llevaron a cabo terribles campañas genocidas que le costaron la vida a entre cinco y doce millones de indígenas en todos los rincones del Nuevo Continente. Al estudiar la historia de América es conveniente pararse un momento a reflexionar sobre esta paradoja: los colonos blancos, que exterminaron a millones de nativos, arrebatándoles sus tierras y despojándoles de sus riquezas y su oro, eran, al mismo tiempo, cristianos firmemente convencidos. Esta contradicción se puede comprender si se tienen en cuenta las opiniones que prevalecían en aquella época: muchos de los colonos consideraban que los pieles rojas, a pesar de ser, de algún modo, hijos de Dios, no habían sido creados con el espíritu de Cristo, sino con un alma distinta, imperfecta y propensa al mal. Otros sostenían con firmeza que los indios eran como los animales, criaturas

sin alma ni conciencia, y por lo tanto no poseían el mismo grado de humanidad que el hombre blanco. Gracias a estas convenientes teorías, a los colonos les resultaba lícito matar a cuantos indígenas les viniese en gana, sin la más mínima muestra de arrepentimiento o sentimiento de culpa. Por muy crueles que fuesen las matanzas que realizaban durante el día, esto no empañaba la pureza de las oraciones que rezaban todas las noches antes de irse a dormir.

Estas guerras de exterminio terminaron con la victoria aplastante de los padres fundadores. Chicago se incorporó a las ciudades de la Unión por primera vez en 1837. A partir de entonces, experimentó un crecimiento sorprendente, aumentando 16 veces su extensión original en menos de diez años. Su ubicación a orillas del lago Michigan y las extensas praderas que la rodeaban, excelentes pastos para el ganado, acrecentaron la importancia de la ciudad. Finalmente, la llegada del ferrocarril hizo que Chicago se convirtiera en la reina indiscutible del oeste americano.

Sin embargo, la historia de las ciudades, al igual que la vida de las personas, es una sucesión de momentos de alegría y de dolor. El domingo 8 de octubre de 1871 fue una jornada negra para Chicago. En el distrito oeste de la ciudad vivía una mujer llamada Catherine O'Leary, con su esposo, sus hijos, un caballo y cinco vacas. Aquella noche, los animales de Mrs. O'Leary pastaban plácidamente en el patio trasero de la casa. A eso de las nueve, a una de las vacas, que debía de estar muy aburrida, se le ocurrió dejar el jardín y entrar en el granero. Una lámpara de queroseno llamó su atención. La contempló con curiosidad y acercó su cabeza para olisquearla. De pronto, respondiendo a un extraño impulso, le soltó una coza al candil, que se cayó al suelo, vertiéndose el aceite ardiente de su interior. Justo al lado había unos fardos de paja y el fuego se extendió rápidamente. En pocos instantes, la casa ardió, así como las viviendas vecinas. Hacía mucho viento, algo normal en Chicago, por lo que el fuego llegó a todos los rincones. En menos de una hora la ciudad entera estaba en llamas.

La catástrofe alcanzó aún mayores proporciones debido a que los bomberos estaban agotados, pues habían pasado la noche anterior en vela apagando otro incendio que había dejado inservible gran parte de su equipo, muy rudimentario en aquel entonces. Las llamas se elevaban hasta rozar las nubes y devoraban las casas de Chicago, construidas en su mayoría de madera. Los gritos angustiados de la gente se mezclaban con el sonido del fuego que

consumía la ciudad con su terrible crepitar, semejante a un maléfico conjuro. Era un espectáculo prodigioso y sobrecogedor, parecido a la descripción que hacen las Sagradas Escrituras del Infierno. El incendio siguió vivo, sin contemplaciones ni piedad, durante dos días enteros, hasta que finalmente consiguieron extinguirlo la madrugada del martes. Más de trescientas personas fallecieron y otras cien mil, un tercio de la población de la ciudad, perdieron sus hogares. Los daños materiales ascendieron a doscientos millones de dólares del siglo XIX.

Pero la desgracia no acabó aquí, ya que el incendio y la ruina condujeron a un caos total. Se propagaron, igual que los gusanos sobre un cadáver, las bandas de salteadores, criminales, ladrones, asesinos, pendencieros y perversos, llegados de todas partes para sacar provecho del infortunio de la ciudad. Saquearon las casas afectadas por el incendio, así como los comercios, los bancos y las licorerías. Se emborrachaban en la calle y mataban a cualquiera que se cruzara en su camino. Secuestraban a las mujeres para, bajo la amenaza de sus armas, violarlas públicamente en grupo.

En el apogeo de la catástrofe, las iglesias de Chicago organizaron una misa especial para pedir al Cielo que pusiera fin a sus desgracias. Todos los sacerdotes definieron al desastre, con un tono de contrición, como un justo castigo que el Señor había enviado a la ciudad porque sus habitantes habían descuidado sus deberes religiosos y se habían entregado a la impiedad y el adulterio.

La destrucción era total. Todo el que pasaba por la ciudad durante aquellos días salía convencido de que Chicago tenía los días contados. Sin embargo, sucedió lo contrario de lo que se esperaba. La magnitud de la catástrofe motivó y proporcionó valentía a los vecinos de la ciudad. Un comerciante llamado John Wright, que no entendía en la vida más que el lenguaje de los números y los negocios, y que no era conocido por tener inclinaciones literarias ni por su elocuencia, se encontró un día en medio de decenas de miserables perdidos y errantes tras haber visto cómo todas sus posesiones habían sido pasto de las llamas. De pronto, emanó de él una energía poética misteriosa y les dirigió un improvisado discurso que pasaría a formar parte de la historia de la ciudad. John Wright extendió sus brazos y su rostro se contrajo en un gesto casi de dolor (estaba un poco borracho). Con voz alta y clara, exclamó: «¡Ánimo, buenas gentes! Chicago no ha ardido. Las llamas sólo han

servido para limpiarla de sus elementos malignos y saldrá de ellas más fuerte y hermosa que nunca.»

Dicho y hecho, el fuego encendió también un profundo instinto de supervivencia y resucitó la solidaridad natural que une a las personas en los momentos difíciles. Los supervivientes se pusieron manos a la obra con una entrega incansable: se formaron grupos armados de voluntarios dispuestos a morir por su ciudad, que se encargaron de combatir a las bandas de criminales, matándolos u obligándoles a marcharse. Se establecieron decenas de refugios y se multiplicaron las donaciones para conseguir alimentos, ropas y asistencia médica para las numerosas familias sin hogar. Llegaron a Chicago cientos de miles de dólares procedentes de todos los rincones de América para reconstruir la ciudad y llovieron las inversiones en negocios y comercios.

Pero la reconstrucción trajo nuevos problemas: el Ayuntamiento prohibió levantar viviendas de madera, ya que por su culpa las llamas se habían propagado con tanta rapidez. Como consecuencia de esta decisión, el precio del alquiler de la vivienda aumentó y muchos vecinos se quedaron en la calle, pues no tenían con qué pagarse una casa de ladrillo. Además, los salarios habían descendido debido a la llegada de miles de extranjeros al mercado de trabajo. La crisis económica se acrecentó, empujando a hordas de pobres y hambrientos a manifestarse con violencia portando un lema muy directo y conciso, compuesto de tres palabras: «¡Pan o muerte!» Pero el sistema capitalista norteamericano consiguió, como de costumbre, encontrar una solución temporal a la crisis que no se menciona en los libros de historia. Las inversiones crearon nuevas dinastías de millonarios, mientras la mayoría de la población se hundía en la miseria. A pesar de todo, la profecía de John Wright se cumplió. En unos pocos años, Chicago volvió a ser tan hermosa y pujante como antaño. Se coronaba, para siempre, como la ciudad más importante del oeste, la tercera metrópoli de Estados Unidos y un centro comercial, industrial y cultural de primer orden en América y en el mundo. Por aquel entonces, se popularizó una canción cuyo estribillo decía: «*Chicago vuelve a ser la Reina del Oeste.*»

Igual que los padres tratan con mimo a su hijo cuando éste se recupera de una grave enfermedad, los estadounidenses inventaron muchos apodos cariñosos para referirse a Chicago: la llamaban la «Reina del Oeste» por su importancia y belleza; la «Ciudad del

viento» por los incesantes vientos que la azotan todo el año; la «Ciudad del siglo» por el impresionante desarrollo que había vivido en tan corto espacio de tiempo; la «Ciudad ancha de espaldas», en referencia a la altura de sus rascacielos y al gran número de obreros entre sus habitantes; la «Ciudad del futuro» refiriéndose a las ambiciones que animaron a muchos norteamericanos a instalarse en ella en busca de un mejor porvenir; la «Ciudad de los suburbios», en referencia a los 77 distritos que la rodean, en los que residen ciudadanos de diferentes orígenes: negros, irlandeses, italianos y alemanes, conservando cada barrio la cultura y las costumbres propias de sus habitantes.

Han pasado más de 130 años desde el gran incendio, pero su recuerdo sigue estando vivo en la ciudad, como una cicatriz en el rostro. De vez en cuando, los habitantes de Chicago lo rememoran con amargura y emoción. Para ellos, la expresión «¡Fuego!» ha adquirido un significado especial. En ningún otro lugar del país tiene el mismo impacto que produce en Chicago. El miedo al incendio ha llevado a la ciudad a dotarse del parque de bomberos más avanzado del mundo. Sobre las ruinas de la casa de Catherine O'Leary, allá donde comenzó el gran incendio, se fundó una academia especializada en la extinción de incendios. Los habitantes de Chicago, por lo tanto, hacen todo cuanto está en sus manos para que la tragedia no se vuelva a repetir. Hay un refrán famoso que los políticos de la ciudad repiten con jocosidad pero con orgullo, que dice: «El sistema de detección de incendios de Chicago es excelente, pues te avisa del fuego antes incluso de que se produzca».

¿Cómo iba a saber Shaimaa Mohamady toda esta historia, si se había pasado la vida entera en Tanta? En contadas ocasiones había salido de esta pequeña ciudad de provincias egipcia: una vez, para asistir a la boda de sus parientes en El Cairo, y otra, para pasar un verano en Alejandría con su familia cuando era pequeña. Shaimaa llegó de Tanta a Chicago así, de golpe y porrazo, sin preámbulos ni preparación, como quien se tira al mar con la ropa puesta y sin saber nadar. Allí la tenemos, deambulando por los pasillos de la Facultad de Medicina de la Universidad de Illinois con su atuendo islámico: velo, ropas holgadas, un *jumar*¹ que le cubría el pecho y calzado plano. Caminaba con pasos largos y siempre en

línea recta. Su cara rústica, que nunca cubría con maquillaje, se sonrojaba a la mínima ocasión. Chapurreaba un inglés incomprendible que casi siempre hacía más sencilla la comunicación por señas. Todo el que la veía se debía preguntar qué pintaba esta pueblerina en Estados Unidos. Enumeremos las razones:

En primer lugar, Shaimaa Mohamady era la alumna más brillante de la Facultad de Medicina de la Universidad de Tanta. Poseía una inteligencia inaudita y una sorprendente capacidad para el trabajo. Era capaz de encerrarse a estudiar durante largas horas sin descanso, sin dormir e incluso sin levantarse de la silla más que para rezar, comer algo o hacer sus necesidades. Estudiaba con mucha calma y profundamente concentrada, sin la impaciencia y los nervios de otros alumnos. Extendía ante ella los libros y los apuntes sobre la cama; se sentaba sobre el colchón con las piernas cruzadas; dejaba que su pelo liso cayera suelto a un lado del rostro, ligeramente inclinado sobre el hombro derecho; encorbaba la espalda y se ponía a escribir, con su letra preciosa y minúscula, los puntos principales de la lección, memorizándolos con deleite, como si estuviera practicando uno de sus pasatiempos favoritos o cosiendo un traje para un amado ausente. Por lo tanto, sus méritos académicos la convertían en una candidata idónea para recibir una beca.

En segundo lugar, Shaimaa era la hija mayor del profesor Mohamady Hamid, director durante muchos años del Instituto Masculino de Enseñanzas Medias de la ciudad de Tanta. En su escuela se habían graduado cientos de alumnos que más tarde ocuparon cargos importantes en la administración del Estado. Cinco años después de su muerte, la gente en toda la provincia de Gharbiya le recordaba con afecto y respeto. Le consideraban un ejemplo raro y en vías de extinción de auténtico educador: entregado, íntegro y firme, pero amable con sus alumnos. Sin embargo, la vida del profesor Mohamady, como la de todos nosotros, no estuvo exenta de amarguras, pues la voluntad divina no quiso que tuviera hijos varones, sino que le concedió tres hijas. Tras el nacimiento de la tercera, desistió en su empeño. Le invadió una gran tristeza que pronto se transformó en una dedicación apasionada a la educación de sus hijas, con tanta entrega como la que ponía con sus alumnos en la escuela, basándose en la rectitud, el sacrificio y la confianza en uno mismo. El resultado fue deslumbrante: Shaimaa y Alia daban clases como colaboradoras en la Facultad de Medicina

de Tanta, y la pequeña Nada en el Departamento de Telecomunicaciones de la Facultad de Ingeniería. Así pues, la educación que recibió Shaimaa desempeñó un papel importante a la hora de afrontar el reto de irse como becaria a estudiar al extranjero.

La tercera razón, y la más importante, era que Shaimaa había llegado a los treinta años soltera. Su condición de profesora colaboradora en la Facultad de Medicina había reducido sus posibilidades de contraer matrimonio. Por lo general, el hombre oriental prefiere casarse con una mujer de un nivel cultural y educativo más bajo que el suyo. Además, Shaimaa carecía de las aptitudes para resultar atractiva al sexo opuesto: su vestimenta holgada ocultaba sus curvas y su rostro no era de una gran belleza. Poseía unos rasgos normales que, como mucho, despertaban en los hombres un sentimiento de cierta simpatía, lo cual no bastaba para animarles a pedir su mano. Tampoco era rica: vivía junto con sus hermanas y su madre del sueldo de la universidad y de la pensión de su padre, quien durante toda su vida se opuso tajantemente a aumentar sus ingresos emigrando para prestar sus servicios en las escuelas del Golfo Pérsico o dando clases privadas.

A esto hay que añadir que, a pesar de su genio académico, era una completa ignorante en lo tocante a seducir a los hombres, arte que la mayoría de las mujeres dominan a la perfección: bien directamente, por medio de maquillajes, perfumes y vestidos descocados y ajustados que muestran sus encantos, bien de forma indirecta, a través de una modestia seductora, una atractiva timidez, un desconcierto cargado de insinuaciones y un delicioso tartamudeo reforzado por el empleo de un arma sutil: miradas lánguidas envueltas en melancolía y misterio. La naturaleza ha dotado a la mujer de todas estas artes para que la vida perdure. Sin embargo, por algún extraño motivo, privó a Shaimaa Mohamady de ellas. Esto no significaba que le faltase feminidad. Por el contrario, poseía una sexualidad copiosa y desbordante, superior a la de la mayoría de las mujeres. El problema es que todavía no había descubierto la forma de expresarla. El deseo la consumía hasta hacerle daño, provocándole cambios de estado de ánimo y dándole ganas de llorar. Esta tensión sólo disminuía a través de sus sueños pecaminosos con el cantante iraquí Kazem el Saher y de los jugueteos furtivos que practicaba en su cuerpo desnudo. Siempre se arrepentía al terminar y rezaba dos oraciones de penitencia para implorar el perdón de Dios. Sin embargo, no tardaba en reincidir.

Lo cierto es que la presión psicológica a la que se veía sometida por su prolongado celibato había terminado por convencerla para marcharse a Estados Unidos. Era una forma de huir de su situación y retrasar el momento de enfrentarse a la realidad. Se pasó largos meses dedicándose a cumplir los engorrosos y agotadores requisitos de la beca: solicitudes, formularios y paseos sin fin de la facultad al rectorado y viceversa. Además, a esto había que añadir las tensas y complicadas negociaciones con su madre, quien cuando conoció su intención de irse a estudiar al extranjero estalló en cólera:

–Tu problema, Shaimaa, es que eres testaruda como tu padre –le recriminaba–. Te arrepentirás. No sabes lo que significa vivir en el extranjero. ¿Te vas a ir a América, donde discriminan a los musulmanes? ¡Pero si llevas velo! ¿Por qué no te sacas aquí el doctorado, entre los tuyos, y guardas así tu buena reputación? Piensa en que si sales fuera ya no tendrás ninguna posibilidad de casarte. ¿De qué te sirve tener un doctorado en una universidad americana si llegas a los cuarenta soltera?

La idea resultaba extraña para la familia y los conocidos, incluso para la ciudad de Tanta entera: ¡una chica que se marchaba sola a pasar cuatro o cinco años en América! Sin embargo, Shaimaa persistió en su empeño. Su firmeza y el recurso a violentas discusiones en unas ocasiones y a las súplicas y al llanto en otras, terminaron forzando a su madre a acceder a sus deseos.

El entusiasmo de Shaimaa crecía a medida que se acercaba la fecha del viaje, hasta el punto de que en los últimos días no sentía temor ni ansiedad. Cuando llegó la hora no le afectaron las lágrimas que derramaron su madre y sus hermanas. En cuanto el avión despegó, sintió ese ligero cosquilleo en el estómago y le invadieron sentimientos de bienestar y optimismo. Pensó que justo en ese momento comenzaba una nueva página de su vida, dejando atrás los treinta y tres años que había pasado en Tanta.

Sin embargo, sus primeros días en Chicago no fueron, por desgracia, tan maravillosos como se los había imaginado. El *jet lag* le provocó dolores de cabeza, debilidad, insomnio, sueño entrecortado y pesadillas aterradoras. Y lo peor de todo: una pesada sensación de desánimo que no la abandonó desde que aterrizó en el aeropuerto O'Hare. Allí un empleado de seguridad sospechó de ella, la apartó de la fila, le tomó las huellas dactilares y se puso a interrogarla mientras le clavaba una mirada escrutadora. Sin embargo,

los papeles de la universidad, la palidez de su rostro y su voz entrecortada por el miedo disiparon las dudas del agente, quien la mandó de regreso a la fila con un gesto de la mano. Shaimaa volvió a la cinta mecánica con su voluminosa maleta en la que estaba escrito su nombre y dirección de Tanta con tinta china, como suelen hacer los campesinos egipcios.

Esta hostil recepción le produjo una gran sensación de agobio. Descubrió que la cinta mecánica sobre la que avanzaba se encontraba dentro de un enorme tubo de cristal que se cruzaba con decenas de pasillos semejantes, lo que confería al aeropuerto O'Hare el aspecto de un mecano infantil aumentado miles de veces de tamaño. Al salir a la calle se quedó pasmada al descubrir que las avenidas eran mucho más anchas de lo que nunca se hubiera podido imaginar. Rascacielos gigantescos e imponentes se extendían ante su vista, lo que le daba a la ciudad una apariencia fabulosa y mágica, como las que había visto en los cómics de superhéroes. Mareas constantes de norteamericanos discurrían por todas partes como filas de hormigas. Avanzaban con prisas y seriedad, como si corrieran para intentar alcanzar un tren a punto de partir. En ese momento se sintió extraña, sola y perdida, como un palito mecido por las olas en medio de un rugiente océano. La invadió el pánico, sensación que pronto se transformó en una punzada que la pellizcaba en el estómago, como un niño que se pierde de la mano de su madre en medio de la multitud del *muled* de Sayed el Badawy².

A pesar de las agotadoras tentativas que llevó a cabo, pasaron dos largas semanas sin que consiguiera aclimatarse a su nueva vida. Por la noche se tendía en la cama en la oscuridad de su pequeño cuarto, sólo rota por la amarillenta luz de las farolas que entraba por la ventana. Apesadumbrada, se ponía a pensar que iba a dormir sola en ese siniestro lugar durante los próximos cuatro años. Entonces le invadía una nostalgia devastadora y añoraba su acogedora habitación, a sus hermanas, a su madre y a todos los seres queridos que había dejado en Tanta.

La noche anterior le asaltaron numerosas preocupaciones que le quitaron el sueño. Se pasó horas dando vueltas en la cama, sintiéndose muy desgraciada. Lloró en la oscuridad hasta empapar la almohada con sus lágrimas. Después se levantó y encendió la luz. Se dijo a sí misma que no podría soportar esta aflicción durante cuatro años enteros. ¿Qué pasaría si escribía una solicitud renun-

ciando a su beca? Debería soportar durante un tiempo las burlas y reproches de sus compañeros de facultad en Tanta, pero sus hermanas la recibirían con los brazos abiertos y su madre no se lo echaría en cara. Intentó dominar sus deseos de renunciar a la beca y se puso a pensar en el modo de seguir adelante. De pronto, tuvo una idea. Hizo sus abluciones, cogió el Corán, leyó la sura de *Ya Sin* y después realizó la oración del *istijar*³, seguida de unas súplicas. En cuanto posó la cabeza sobre la almohada, se sumió en un sueño profundo. En sus ensoñaciones vio a su padre, el profesor Mohamady, con su traje azul de lana inglesa de primera calidad marca Hild que reservaba para las grandes ocasiones, como las visitas del ministro o las fiestas de graduación en la escuela. Se encontraba en el jardín, frente a la puerta principal del Departamento de Histología en el que ella estudiaba. Su rostro aparecía limpio y sin arrugas y sus ojos claros brillaban. Tenía el pelo liso y negro como el carbón, sin rastro de canas. Parecía veinte años más joven. Le sonreía y le daba ánimos con voz cariñosa: «No temas, cariño, yo estoy contigo. Nunca te abandonaré. ¡Ánimo!» Después la cogió de la mano y tiró de ella con dulzura para que le siguiera al interior de la facultad.

Shaimaa se levantó a la mañana siguiente más tranquila y sin las tentaciones de la noche anterior. Se dijo a sí misma: «El Todopoderoso me ha enviado esta visión para darme fuerzas y animarme ante esta difícil prueba que estoy pasando.» Creía que los muertos habitan entre nosotros aunque no les veamos. Su padre la había visitado en sueños para darle ánimos, para que no renunciara a su beca, y ella no iba a defraudarle. Olvidaría sus pesares y se adaptaría a su nueva situación. Se sintió mucho más relajada, pues había tomado una decisión, y decidió celebrarlo. Pensó en los rituales que solía practicar con sus hermanas en los momentos felices: comenzó a preparar una mezcla de azúcar y limón sobre el fuego. Después entró al baño, se quitó la ropa, se sentó desnuda sobre el borde de la bañera y empezó a depilarse. Disfrutaba con el delicioso dolor, breve y repetitivo, que producía el pelo el separarse de la piel. Luego continuó su ritual con un largo baño de agua tibia mientras frotaba con esmero cada rincón de su cuerpo. Al terminar se sintió fresca y liberada.

Al cabo de unos minutos, Shaimaa, de pie en medio de la cocina, ofrecía una estampa típicamente egipcia: llevaba una chi-

laba de franela bordada con florecillas, unas chancletas de las que en Egipto llaman *Jaduga*, largas y con cuatro tiras cruzadas, que eran sus favoritas, pues resultaban más cómodas para los dedos de los pies, que quedan libres para moverse. Dejó suelto su pelo negro, suave y largo, que caía húmedo sobre sus hombros. Decidió disfrutar de todas las cosas que le encantaban. Puso en el reproductor la canción de Kazem *¿Acaso lo dudas?*, que le gustaba tanto que la había grabado tres veces seguidas en una misma cinta para no tener que andar rebobinando cada vez que la escuchaba. La voz del cantante resonó por todos los rincones. Shaimaa se puso a bailar al ritmo de la música mientras lanzaba pimientos, uno a uno, a una sartén con aceite hirviendo para preparar su plato favorito, *musaca* al estilo de Alejandría. Poco a poco, la música la absorbió por completo y se puso a bailar y cantar en voz alta las canciones de la cinta por todos los rincones de la cocina, como si estuviera ofreciendo un espectáculo. De cuando en cuando, volvía al fuego para poner un nuevo pimiento en la sartén. Cuando la voz de Kazem entonó la siguiente frase: «*Me matas cuando bailas descalza*», Shaimaa estiró la pierna y lanzó de una patada las chancletas, que salieron rodando hasta un rincón de la cocina. Después Kazem preguntó a su amada: «*¿De dónde has venido? ¿Cómo has llegado? ¿Por qué azotaste mi corazón?*» En ese momento la melodía se apoderó de ella y se le ocurrió hacer un paso de baile que despertaba la admiración de sus amigas en Tanta: se puso de rodillas y alzó los brazos, para después incorporarse poco a poco moviendo la cintura y meneando el pecho. Esta vez lanzó dos pimientos de una vez, que al caer en el aceite hicieron un gran estrépito. Un humo espeso emanó de la sartén. Por un instante le pareció escuchar algo parecido a un timbre proveniente de un punto indeterminado y lejano. Pero en aquel momento no quiso prestar atención a nada que pudiera enturbiar su buen humor, así que se enfrascó en un nuevo paso de baile: puso los brazos en cruz, como dispuesta a abrazar a alguien, y empezó a mover el pecho hacia delante y hacia atrás.

Tomó otro pimiento y, cuando se disponía a lanzarlo a la sartén, todo se transformó en una horrible pesadilla. De repente escuchó un golpe seco que derribó con violencia la puerta de su apartamento. Unos hombres gigantes se abalanzaron sobre ella y la rodearon gritando expresiones en inglés que no podía comprender. Al instante uno de los intrusos saltó sobre Shaimaa y la abrazó con

fuerza, queriendo llevársela en volandas. Estaba tan sorprendida que no opuso resistencia. Sin embargo, cuando notó que unas manos fornidas la sujetaban por la espalda y aspiró el olor apesotado que desprendían sus ropas antiinflamables, fue consciente de la gravedad de la situación. Reunió todas sus fuerzas para librarse del abrazo del extraño y empezó a soltar gritos que resonaron por todos los rincones del edificio.